



DOÑA AURA EN TIEMPOS DE CUARENTENA: PRISIONERA DE SUS PROPIOS ANHELOS

Jakeline Amparo Villota Enríquez
<https://orcid.org/0000-0003-3086-8268>
javillota@hotmail.com
Universidade Federal do Pará
Belén, Brasil



Cita este capítulo:

Villota Enríquez, J. A. (2020). Doña Aura en tiempos de cuarentena: Prisionera de sus propios anhelos. En: Villota Enríquez, J. A. y González Valencia, H. *Tecnología, Sociedad y Educación: perspectivas interdisciplinarias en torno a las TIC desde el campo social y educativo* (pp. 239-246). Cali, Colombia: Editorial Universidad Santiago de Cali.

Doña Aura en tiempos de cuarentena: Prisionera de sus propios anhelos

Jakeline Amparo Villota Enríquez

Desde que se escuchó el crujir del enorme monstruo por todo el mundo, el pánico se apoderó de Aura, una anciana de chalina negra, falda gris, blusa blanca de seda, zapatos negros de tela medio rotos en la punta de donde salía su dedo gordo exhibiendo un pedazo de uña gruesa de color café oscuro. Doña Aura, vivía en un pueblo ubicado en la denominada “zona roja de Colombia”, en la cordillera Occidental, donde meses atrás la tranquilidad se podía al menos percibir, pues el conflicto armado era un elemento que se integró en la vida de las personas; sin embargo la naturaleza siempre estaba presente dándoles diariamente a todos los habitantes del pueblo leche, huevos, carne, gallinas, papa, cebolla, zanahoria y demás, pues estos productos eran cultivados en sus huertas y cuidados por ellos mismos, pero ahora la escasez de alimentos era abismal y la tristeza en el pueblo se podía notar en los ojos de sus habitantes.

La rutina de Doña Aura, antes de que ese monstruo invisible estuviera en medio del pueblo consistía en vender en la miscelánea más grande productos como botas, cantinas, lana, pan, etc. También, criar animales como cuyes, cerdos, gallinas, gallos, ovejas, trabajando en ocasiones en las denominadas cuadras (tipo de fincas) donde sembraba fique, zapallo, sandía, melones, calabaza y maíz. Además, traía la hierba para sus animales y llevaba la basura que se producía en su casa para abonar sus plantas. En realidad tenía dos cuadras, una pequeña que quedaba a menos de diez metros del pueblo y otra que estaba a veintitrés kilómetros; tenía tres telares en los que tejía empaques en las noches para llevar a venderlos a la ciudad los días lunes a la madrugada; los fines de semana atendía su cantina, ubicada a tres casas de donde tenía la miscelánea; todo lo que poseía lo consiguió a pulso, pues el barro para construir sus propiedades fue sacado de sus cuadras, con sus manos y llevado en su espalda en costales, una gran mujer trabajadora sin duda.

En los telares de doña Aura trabajaban más o menos diez mujeres y quince hombres, incluidas sus dos primeras hijas, donde el café y el pan no faltaba para ninguno de ellos, tanto en la mañana como en las medias nueves. A varias mujeres se les

notaban las manos destrozadas de tanto poner el hilo en los carretes, una de las hijas de doña Aura tenía los dedos con sangre y llenos de callos pero ni el dolor las detenía para hacer su trabajo que por ese entonces era tan bien valorado.

Antes de aparecer aquel monstruo invisible ante los ojos de los habitantes del pueblo que sin duda generaba terror, es importante resaltar que los telares eran la base de la economía del pueblo ya que las familias trabajaban haciendo tejidos de fique (costales) sacados de la cabuya y lo hilaban mediante maquinas artesanales. Los hombres se dedicaban a tejer en las maquinas artesanales puesto que se necesitaba de gran fuerza tanto en las manos como en los pies para su manipulación y las mujeres en carretes de diferentes tamaños colocaban la cabuya obtenida de la planta, es decir, la construcción de los costales de cabuya implicaba un laborioso proceso.

Sin embargo, desde que se supo de la existencia del monstruo en el pueblo, todo se transformó, tal vez por el miedo que se fue generando a través de los medios de comunicación, tanto radio como televisión e internet, pues casi nadie salía a la calles, aparte de salir a comprar productos de necesidad básica. De los telares no quedó sino el nombre, de las cantinas no quedaron ni los borrachos, el mercado de los domingos pronto desapareció, las tercenas de carne se cerraron, la única miscelánea abría intermitentemente, los ciclistas nunca más volvieron a ir al pueblo, y ni que hablar de la misa, nunca se volvieron a abrir las puertas de la iglesia y solo se escuchaba el parlante que retumbaba para dar recomendaciones de estar atentos al ataque del monstruo; las únicas armas para combatirlo era el jabón y el alcohol.

En el pueblo se percibía el temor a ser atacados por el monstruo, las personas que salían a realizar diligencias de primera necesidad llevaban casi todo su rostro cubierto, algunos con tapabocas y otros con pañuelos, trapos, gorras, guantes y no podía faltar el desinfectante. En ese entonces salieron hasta cursos para aprender a lavarse las manos y la emisora del pueblo no paraba de instruir como lavar las frutas, huevos, limpiar las ventanas, puertas, etc. Y por supuesto, sin olvidar que si alguien salía de casa debía bañarse apenas llegara de forma casi instantánea y debía poner la ropa en agua con jabón y a los zapatos se les debía aplicar límpido en las suelas y lavarlos; es decir, todos estaban simplemente obsesionados por una limpieza que parecía un trastorno obsesivo compulsivo.

Doña Aura tenía mucho miedo abrir las puertas de la miscelánea donde ofrecía variedad de productos puesto que nadie sabía quién poseía el monstruo que por ese entonces se propagaba de manera exponencial según los medios informativos; es decir, si alguien lo tenía éste lo transmitía a las personas que estuvieran en ese lugar

generándoles en el peor de los casos la muerte, por lo que el distanciamiento fue letal para combatir el monstruo que se acercaba a pasos agigantados para alcanzar a los habitantes. Afortunadamente, doña Aura tenía tres hijas, dos de las cuales le ayudaban a hilar, vender y coger hierba mientras que su hija menor se dedicaba por ese entonces a estudiar en la ciudad en un internado, el cual fue cerrado.

Con el pasar de horas los reglamentos gubernamentales no dieron espera, decretaban diariamente nuevas normatividades en todo el país y el pueblo no fue la excepción; entre este tipo de reglamentaciones resaltaba “guardar el distanciamiento entre las personas” dos metros como mínimo; por lo que en la miscelánea de doña Aura colocaron la marcación con cinta amarilla; las filas eran inmensas al principio, pero luego ya ni filas había porque los productos escasearon lo que generó desespero en los habitantes del pueblo, donde ya las balas no eran la preocupación diaria del gobierno sino el monstruo.

La miscelánea de doña Aura era atendida principalmente por sus hijas de manera intermitente hasta las 5:00 pm hora en que todos los habitantes del pueblo debían estar en sus casas; las actividades de los telares se pararon y empezó a escasear la comida. Los productos que vendía doña Aura ya se acababan y jamás volvieron quienes le surtían y ni pensar en ir a la ciudad a abastecerse de los elementos básicos ya que prohibieron los medios de transporte como caballos, mulas, carretillas, entre otros; es decir, no se podía salir, únicamente a las mismas calles del pueblo y veredas cercanas y eso exclusivamente las personas menores de treinta años los demás no podían ni asomarse a la ventana.

Doña Aura ya ni salía a vender a la miscelánea y cuando se asomaba desde la ventana de su cuarto ubicado en el segundo piso de su casa, producto de la herencia de su madre, se apoderaba de ella una gran nostalgia al ver la calle principal del pueblo invadido de personas que parecían disfrazadas como si fuera un Halloween, con antifaces y máscaras, su rostro no era visible; parecía una pesadilla a la que los protagonistas nunca fueron invitados a un casting o involuntariamente se presentaron y al parecer todos habían conseguido el papel principal. Y ni que hablar del distanciamiento, donde los abrazos, besos, estrechón de manos se esfumaron como un puñado de polvo en medio de un ventarrón. Todo esto era escalofriante, pues el encierro sumado al no contacto físico producía dolor.

Después de observar todos estos episodios, el dolor se apoderaba de doña Aura quien se preguntaba: ¿Será que esto es vida?, ¿Qué karma estaremos pagando?, ¿De que tanto nos protegemos?, ¿Será que Dios tendrá misericordia de nosotros?, ¿Por qué los humanos somos tan rebeldes? Entre otros cuestionamientos que la

llevaban a afirmar que no importara lo que pasara, lo fundamental era que teníamos la oportunidad de estar aquí en este mundo, pues a veces la tristeza la llevaba a reconocer que las personas, por una u otra razón, habían erradicado su humanidad y al parecer eran maquinas llenas de deseos superfluos.

Sin embargo, estas reflexiones no cegaban a doña Aura de las múltiples preocupaciones en torno a la ayuda que ella le brindaba a las personas más vulnerables, pues cómo desconocer su humildad ante los habitantes del pueblo; muchas veces se sacaba el bocado de la boca para dárselo a quien estuviera con más hambre o tuviera mayor necesidad, esto la hacía feliz y se le notaba en su rostro, parecía que lo más agradable para ella era servir a las personas, tal vez por esa humildad los habitantes del pueblo la querían inmensamente y le decían doña Aurita.

Recientemente, a un patojo, como ella lo apodaba, le dio un par de zapatos en cuero de color café, pues andaba descalzo por las calles del pueblo y en un talego le empacó arroz, atunes, huevos, fideos y tres litros de leche en una cantina vieja que estaba al lado de la caja donde colocaba el dinero para que llevara a su casa, inmensamente agradecido el patojo se marchó. Doña Aura, siempre con actos tan nobles se ganaba el corazón de las personas que la rodeaban y el cariño con que la saludaban era para ella un regalo invaluable, pues si bien sin duda era una mujer luchadora y con varios teneres producto de su esfuerzo, eso no le impedía no compartirlo con los demás ya que siempre replicaba “viringa vine al mundo y viringa me voy a ir”.

Con el pasar del tiempo, los productos de la miscelánea de doña Aura se terminaron y no había nadie que le proveyese por lo que no tuvo más remedio que cerrar sus puertas al público ya que nada se podía vender, los andamios estaban vacíos, las vitrinas solo tenían los tarros donde anteriormente ocupaban su lugar golosinas como pasas, gomas y todo tipo de galletas. Acercarse a lo que antes fue una gran miscelánea daba terror, parecía un cuento de miedo del que pronto quería despertar. Los productos como el arroz, aceite y enlatados desaparecieron por lo que doña Aura tomó la decisión de irse con sus tres hijas a una de sus fincas; partieron a la que quedaba a veintitrés kilómetros de donde estaba su casa, centrándose ahora en el trabajo de la agricultura.

La escena de ver partir a Doña Aurita como la llamaban los habitantes del pueblo les partía el corazón a sus vecinos, pues la acompañaba su chalina negra, falda de paño gris que le daba más abajo de la rodilla, blusa roja de manga larga, pañoleta blanca y botas de caucho, y a pesar de que se rehusaba a utilizar pañuelo o un trapo para cubrir su boca y nariz igual que anteojos y guantes, sus hijas se los pusieron a

la fuerza, pues en el fondo temían perder a su madre. Adicionalmente, doña Aura, igual que sus hijas, llevaba en cada mano dos talegos llenos de ropa, animales (cuyes, gallinas, conejos, etc.), algunos trastes y cobijas. Sin embargo, el brillo de los ojos de doña Aurita era mágico, parecía como si recuperara de nuevo su libertad para explorar sus sueños, se notaba en su mirada ilusión, vida, armonía, se podía llamar a esta sensación, felicidad, por vivir cada segundo otra nueva experiencia.

De este modo, la imagen de doña Aura y sus hijas se desvaneció en medio de la calle principal donde la ilusión y la felicidad eran los mejores elementos que llevaban para recorrer un camino de casi cinco horas, donde el diálogo, el aire, ríos, paisajes, árboles, etc., hacían que esa nueva aventura fuera sensacional y apreciaran como nunca antes lo habían hecho en la naturaleza; es decir la madre naturaleza que se percibía disfrutaba de un momento de oxigenación. Cuando llegaron a la finca, la emoción de todas era tan fuerte que iniciaron de manera inmediata la organización de su nuevo hogar, el café no podía faltar para celebrar que había esperanza y un nuevo camino por recorrer, el sentimiento de esperanza y felicidad que experimentaban era único.

Era una nueva etapa donde el brillo de los ojos de doña Aurita generaba inspiración para saber que las guerras no se pierden, solo se aprende a luchar con las adversidades, pues la tranquilidad estaba de vuelta en su hogar. En las mañanas ordeñaban las vacas, sacaban las ovejas a pastear, se les daba comida a los cuyes, gallinas, patos y conejos. En la tarde atendían a los árboles que daban frutos y se deleitaban con hermosos atardeceres; las noches eran un universo bellamente adornado por las estrellas.

Este lugar parecía ser un sueño, donde la naturaleza expresa el aprecio a diario por tener como huéspedes a doña Aura y sus hijas ya que cada día que se levantaban les daba como bienvenida hermosos cantos entonados por las aves y un aire tan puro que cuando se inhalaba traía paz y armonía en sus corazones. La emisora del pueblo fue reemplazada por el canto de las aves y el lenguaje sin igual de la naturaleza, la televisión por paisajes indescriptibles que diariamente deleitaban sus ojos; sin duda era una vida bella donde doña Aura y sus hijas amaban vivir y donde al parecer el monstruo había desaparecido.

Pasaron los años, tanto doña Aura como sus hijas nunca más volvieron al pueblo, se rumoraba que los habitantes habían sido devorados por el monstruo provocándoles a muchos de ellos la muerte y en otros casos enfermedades mentales. Sin embargo, doña Aura siempre decía que haber vuelto a su finca era el más grande regalo que la naturaleza le había obsequiado en su vida, estaba tan agradecida que su felicidad

podía percibirse en su rostro, pareciera que la vida le hubiese recompensado todo lo generosa que había sido con las demás personas que la rodeaban y su cercanía con la crianza de los animales le había enseñado indirectamente a valorar el precioso regalo de la vida.

A finales del siglo XXI doña Aurita murió feliz en su finquita de donde jamás quiso volver a salir, su muerte fue tan maravillosa que la misma naturaleza cantaba de alegría a través de sus aves; resplandecían de colores sus paisajes, un ritual invaluable para una mujer tan maravillosa que nos enseñó a apreciar los momentos vividos.

Fin.

P.D. Este cuento se realizó en memoria de Aura Irene Gómez.